

Mensaje del Dr. Jorge L. Sánchez

Presidente Interino
Universidad de Puerto Rico

Mis primeras palabras son de felicitación a la clase del 2001: la primera clase graduanda de la Universidad de Puerto Rico en el nuevo milenio, precisamente en el año que coloca a la Universidad en la antesala de cumplir su primer siglo de historia. La ocasión es propicia, entonces, para reflexionar brevemente sobre el significado de la educación universitaria particularmente en las profesiones relacionadas con la salud en la vida de ustedes.

A lo largo del pasado siglo, desde su fundación en 1903, la Universidad de Puerto Rico ha sido la comunidad de aprendizaje y de generación de conocimiento preeminente del país. En ninguna otra comunidad en el mundo la universidad pública, la universidad del estado ha tenido la centralidad en la vida de la colectividad que ha tenido esta universidad en la vida puertorriqueña. No hay punto ni lugar en nuestra Isla en donde no esté presente la obra de la Universidad de Puerto Rico. Forma ya parte inmanente de nuestro ser colectivo.

Y ninguna otra persona hizo una aportación mayor al desarrollo institucional de la Universidad y de este Recinto de Ciencias Médicas, que don Jaime Benítez. Cada Recinto, desde Río Piedras que es el más antiguo, hasta Utuado, el más reciente, lleva la marca e impronta firme y segura de potente intelecto y de su ágil imaginación. El origen de este Recinto, sus escuelas de medicina y de odontología, son el producto de su visión y su lucha.

De él son las siguientes palabras:

“La Universidad de Puerto Rico es mucho más que una universidad en Puerto Rico. Es el centro que, partiendo de su más hondo compromiso con el pueblo, expone el mundo a Puerto Rico y expone a Puerto Rico al mundo.”

¿Cuál fue ese Puerto Rico que el mundo vio a través de su primer centro docente? Francisco Ayala, Premio Cervantes, Premio Príncipe de Asturias y Premio Nacional de las Letras en España, fundador de la Editorial Universitaria en la década de 1950, lo describió como un conjunto “culto muy distinguido” que “ardía como foco encendido, entusiasta y estimulante”.

La combinación del “foco encendido” y del “hondo compromiso” generó una efervescencia intelectual y científica y un sentido de obligación social que ayudó a desatar la dramática transformación del país. Todos los puertorriqueños somos herederos agradecidos y para pasar a ser herederos merecedores, tenemos que imponernos la misma dedicación al rigor, a la imaginación a una visión de futuro, a una voluntad por innovar que impulsó a la universidad de entonces y que la puso al servicio noble, generoso y fecundo de los grandes cambios que exigía el país.

La Universidad fue puntal en la transformación del país y tiene pleno derecho a sentirse orgullosa de la obra que le tocó realizar. Pero para no caer en el regodeo de la complacencia y la satisfacción, conviene preguntarse ¿cuánto se ha transformado ella misma? La Universidad y el mundo del saber han crecido mucho desde aquel tiempo, pero a pesar de ese crecimiento y de los cambios evidentes en su entorno, la Universidad no ha eliminado un sólo programa académico desde la Ley de Reforma de 1966. La universidad de entonces, comprometida con la educación extramuros, en que sus mejores profesores-Facundo Bueso, Guillermo Arbona, Francisco Raffucci, Reece Bothwell, Rafael W. Ramírez y mi apreciado mentor Mario Rubén García Palmieri-viajaban semanalmente por las angostas carreteras para enseñar cursos los sábados en los distintos pueblos o trabajaban con limitados recursos en beneficio de salud de los puertorriqueños, es la misma universidad que hoy todavía no ha definido una política moderna para la educación a distancia, para telemedicina y otros novedosos instrumentos de educación y servicio. La Universidad pionera en el desarrollo de modelos de servicios de salud regionalizados en el país, continua al margen de las nuevas tendencias y enfoque de prestación de servicios. La universidad que incorporó como parte esencial de la formación de sus egresados

un dominio efectivo de los saberes y las técnicas que les permitirían desenvolverse con soltura en el mundo moderno que se abría-que les abría-ante ellos, no ha formulado o articulado igual compromiso con familiarizarnos a los nuevos saberes y las técnicas de la informática y de la digitalización incorporándolos como componentes fundamentales de su educación.

El mensaje es claro: son sólo ejemplos de rezago producto de un compromiso institucional insuficiente con la puesta al día de la universidad; cuando la puesta al día tiene que ser el compromiso, no intermitente ni a plazos, sino diario y cotidiano de la institución, si desea servir y servir bien al pueblo al que se debe. Mantenerla ágil y al día, cumplir en cada jornada con esa responsabilidad es la contraparte inexcusable e ineludible de la autonomía universitaria que proclamamos y defendemos. Y esa puesta al día, o la realizamos los universitarios desde adentro o nos la impondrán las condiciones desde afuera.

En todo caso, desde adentro o desde afuera, al abordarla es necesario tener en mente la sabia advertencia de José Luis García Garrido:

“...el primer y más grave error sería ir a arreglar problemas concretos del día sin partir de una concepción coherente y fundamentada del papel que, en la sociedad del conocimiento, aguarda a la enseñanza superior y, dentro de ella, a la universidad. Si en vez de hacer esto caemos de nuevo en la demagógica trampa de intentar dar contento a reclamaciones inspiradas en viejos agravios, en querencias ideológicas, en presiones de grupo o de intereses creados, habremos perdido de nuevo el tren del porvenir.”

Y ustedes, queridos meritorios y felices graduandos, ¿qué ven al exponerse al mundo que les ha abierto la Universidad? Contemplan el panorama de una sociedad de la información y el conocimiento en una economía y, también, una sociedad globalizadas. Contemplan un mundo, en palabras del profesor italiano Antonio Negri, en que el pensamiento se convierte en la materia prima de los procesos. En que, al hacerlo, los valores éticos y espirituales irrumpen en una forma nueva en el mundo del del trabajo. Un mundo en que, ante las oportunidades liberadoras que abre, Negri nos insta a inventar formas nuevas de libertad en la vida y en el trabajo.

Puede ser, sin duda, puesto así un panorama intimidante. Pero ante él, sepan y tengan la confianza de que han recibido a lo largo de su formación en la Universidad, las destrezas y los saberes que les permitirán desempeñarse exitosamente en él. Les corresponde ahora añadir un elemento que sólo cada uno de ustedes puede añadir: su voluntad. Una voluntad que se base en el valiente llamado kantiano: *Sapere aude*. (Atrévete a saber).

Este llamado toma particular importancia en ustedes, que hoy asumen la gran responsabilidad y compromiso de proveer los servicios de salud que nuestro pueblo reclama. Asumen ustedes una grave responsabilidad, que deben honrar trabajando con ahínco para prevenir las enfermedades de sus compatriotas y para diagnosticar y tratar las mismas con efectividad y sabiduría.

Termino citando la exhortación que John Hibben le dirigió a la clase graduanda de Princeton de 1913; una exhortación que cobra hoy renovada vigencia. Fue aquella una clase graduanda que, como la del 2001, entró a la vida colegial en un momento en que todo parecía promesa y esperanza, y que salía a un mundo marcado otra vez por la duda y la incertidumbre. Esa exhortación es además de particular inherencia al mundo de servicio al cual están próximos a integrarse. Decía Hibben:

“De muchos lugares, con muchas voces, les llega a ustedes el llamado del género humano. Es el llamado del hombre a su hermano; háganlo su vocación. Sigán ese llamado en nombre de Dios y en nombre de la humanidad. El tiempo es breve; la oportunidad es mucha. Así que colmen sus horas con lo mejor que hay en ustedes mismos.”

Muchas gracias. Muchas Felicidades y que Dios les bendiga.